

# CELEBRIDADES DEL TEATRO



◉ Enrique Borrás ◉

Núm. 2

30 cts.





# CELEBRIDADES DEL TEATRO

*Redacción y Administración:*

Calabria, 96 - BARCELONA    Teléf. 173-H

Año I

III III III

Núm. 2

Ediciones "BIBLIOTECA FILMS"

---

## Enrique Borrás

---

Biografía :: Anécdotas

---

*Con este número se regala una postal de*

**ENRIQUE BORRÁS**

*firmada por el mismo*

---

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA





## ENRIQUE BORRÁS

### El actor eminente de las grandes creaciones

---

Por los rincones, grupos de cómicos, sentados, cuchichean; alguno que otro, aislado, dormita con disimulo; unos cuantos, puestos en pie, repiten, declamando, lo que un individuo, de voz clara y cansina, lee en un ejemplar mecanografiado.

Tal es el cuadro que nuestra vista descubre al tenue resplandor de una bombilla eléctrica que, colocada en el centro, sobre una pequeña mesita, a la derecha del lector, ilumina el escenario del teatro del Centro.

Una voz, potente y sonora, destaca notablemente en la declamación, del timbre de las demás. Es la voz de «Don Enrique», como con respetuosidad admirativa le llama todo el mundo.

El representante de la Empresa, atentamente, nos anuncia, rogándonos, a continuación, que aguardemos un poco a que el ensayo concluya.

—Faltan unos veinte minutos—nos dice—para terminar el primer acto.

—¿De qué obra?

—«El coloso de Arcilla», de Luis Araquistain.

Prestamos atención.

El diálogo es flúido y vibrante.

Los pensamientos felices se suceden rápidos con ironía contundente.

Se ve la pluma ágil y batalladora de su autor.

Don Enrique interrumpe el diálogo en varias ocasiones para reprender, con paternal acento, a un actor que manotea demasiado al accionar en su papel de rudo obrero.

—No olvide—le indica—que un trabajador zafio como el que representa, no puede expresarse nunca así. Para dar mejor idea del tipo conviene que los brazos, caídos de continuo, apenas se despeguen del cuerpo. Una cosa así. —Ya, ya. Comprendido.

Finaliza una escena y los intérpretes se entregan al descanso.

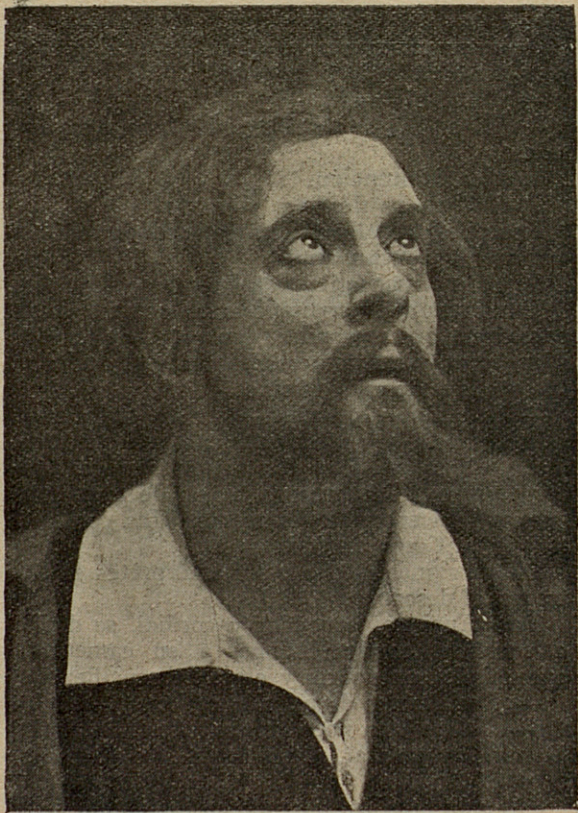
Don Enrique, acogedor y cordial, se dirige a nosotros, conduciéndonos a su camerino, amueblado con sobria y elegante sencillez.

—¿Los albores de mi vida artística?—exclama—. Tiene bien poco que referir. Yo empecé de capitán general, como aquel que dice.

—¡Ah! ¿Sí?

—Verán ustedes. Yo nací en Badalona. Hijo de unos comerciantes de posición desahogada, dejé transcurrir los primeros diez y seis años de mi existencia, rodeado de holgura y como-





El eminente Enrique Borrás en *Jesús que torna*, en un alarde de caracterización.—(Foto Areñas).

didad, consagrándome únicamente a los estudios elementales propios del caso. Pensaba, ¿cómo no? en una carrera. ¡Cuán lejos me hallaba entonces de sospechar que algún día necesitaría para vivir el auxilio del arte escénico! Pero la fatalidad, dueña y señora de nuestros destinos, dispuso que así fuera; y así fué.

Un día la fortuna mostróse esquiva con los míos. Y su trágica esquivéz nos condujo a la desesperación y a la miseria.

Para resolver mi situación, harto angustiosa, hube de recurrir al aprovechamiento de mis superfluas habilidades.

—¡Qué bien sabe usted leer!—me habían dicho infinitas veces algunos amigos y admiradores de los muchos con que contaba, a la sazón, en la sociedad de aficionados a que pertenecía.

Y efectivamente. No debía hacerlo muy mal por cuanto el éxito más rotundo acompañaba siempre mis actuaciones en los festivales que con periódica frecuencia se organizaban.

En más de una ocasión, viendo mi modo de declamar, varios conocidos profesionales habíanme propuesto, como capricho de pollo rico, más que como medida salvadora entonces, mi consagración definitiva a las «tablas». Pero yo, sin necesidades por aquella época, me negué siempre a la realización de tales consejos. Hasta que ocurrió la hecatombe. Y fué entonces mi memoria la que acudió en socorro mío, recordando, con esperanza consoladora, proposiciones anteriormente desechadas. Y sin vaci-



laciones de ningún género me presenté a ofrecer mis servicios en la notable compañía de Carlota de Mena, gran primera actriz, y don Antonio Tutau, excelentísimo director que me admitió en su «elenco» ofreciéndome su puesto, galantemente, desde el primer instante, cargo que yo no acepté por considerarlo de responsabilidad excesiva para mi edad juvenil, desconocedora de tantos y tantos requisitos, indispensables para el perfecto ejercicio de una dirección escénica. No obstante, debuté como primer actor en la obra «Las joyas de la Roser», de Serafín Pitarra, y logré salir airoso del trance, pasando después al Romea, de Barcelona, donde actué con una compañía catalana. Fui luego al Novedades, volví a Romea, y otra vez a Novedades; y estuve así hasta que me contrataron para el teatro de la Comedia, de la Corte.

—Recordamos el recibimiento que se le hizo aquí.

—Muy cariñoso y muy inmerecido.

—Muy justo y muy imparcial, con esa laudable y generosa imparcialidad que preside en todo caso los juicios del público madrileño.

—Ciertamente.

—¿Es exacta, don Enrique, la mala cualidad que se le atribuye de no estudiar nunca los papeles?

—Tan exacta como otras muchas que yo mismo me encargué de propalar, por distracción o conveniencia propia.

—¿Por conveniencia, dice usted?



Enrique Borrás en *Alfilerazos*, reciente producción del fecundo e ilustre autor don Jacinto Benavente.



—Sí, señor. ¿Le extraña, verdad? Voy a explicárselo. Yo fomenté la divulgación de mi gandulería para el estudio, a fin de sembrar el pánico natural entre ciertos autores, que, con tal precedente, se abstienen de remitirme obras suyas, lo cual agradezco infinito, porque me libra de muchos malos ratos, al llegar la hora de la verdad, que en nosotros, como en los toreros, es aquella en que, escurriendo el bulto y manejando el engaño, se despena al comediógrafo infeliz, devolviéndole el manuscrito, no sin antes repetirle, claro está, que «nos gusta enormemente» y que «lamentamos muy de veras no poderle complacer».

—No está mal.

—¡Si viera usted los compromisos de amistad que me evita mi supuesta dificultad para el aprendizaje de los papeles; mi «falta de memoria»!... ¡Falto de memoria yo, que recuerdo perfectamente obras no representadas hace quince años, algunas de las cuales he «repri-sado» sin necesidad de darle a mi papel más que un ligero repaso!

—Eso demuestra que lo que aprende...

—No se me olvida nunca. Si en alguna ocasión leo o recito varias veces mi papel, a solas, es porque la obra me gusta y mi espíritu se deleita recordándola. Tal me sucede con «El Alcalde de Zalamea», una de mis favoritas. En cambio si no «me entra», por mucho que lo estudie salgo a escena sin saber ni una sola palabra.

—No le ocurrirá eso con mucha frecuencia.

—No, por fortuna.

—¿Podría usted contarnos, don Enrique, alguna anécdota?

—¡Oh! ¡Tengo tantas que pienso contar cuando me retire, en un libro de memorias, escrito y publicado por mí!

—Sin perjuicio para la edición de ese tomo que se agotará rápidamente...

—¿Cree usted...?

—¿Cómo no, siendo usted más conocido en España que el Padrenuestro?

—¡Hombre! ¡No me hable usted del Padre-nuestro, porque se me pone carne de gallina!

—¡Ah! ¿sí? ¿Qué le ocurrió a usted con esa oración?

—Nada, que en Tucumán (Méjico), para poner «El místico» en escena, encargué al traspunte que me buscara unos cuantos chicos que supieran bien el Padrenuestro. ¡Y cuál no sería mi sorpresa cuando el día de la función, se levanta la cortina y me salen todos cantando, muy afinaditos, eso sí, ese tango argentino tan popular que principia así:

«Padre nuestro que estás en los cielos  
que todo lo sabes, que todo lo ves, etc., etc.»

—¡Virgen Santa, qué principio!, que diría doña Inés.

—En América es donde me han sucedido más cosas dignas de relato.

—Venga, venga otra.

Borrás, el actor eminente de las grandes crea-



ciones, queda un momento pensativo y a poco, animando su rostro por el hallazgo repentino de un recuerdo, exclama:

—Esto fué en Paraná. No se me olvidará nunca por lo excepcional del caso. ¡Y tan excepcional! ¿Usted concibe que el sirviente de un hotel se niegue, por consideración, a admitir una propina?

—¡Sí que es raro!

—Pues a mí me ha acontecido. Es decir, a mí, precisamente no. A mi esposa. Pero es lo mismo. Verá usted. La temporada, bastante breve, se nos había dado muy mal. Fuimos a Paraná y no sé, la verdad, para qué fuimos.

—Para ná, ya se lo indicaba el nombre de la población.

—Ahora viene lo extraño. Enterado, sin duda, del nefasto resultado económico, el criado del hotel que presentó la cuenta a mi esposa, sin calcular que, por las comodidades de que nos hacíamos rodear, podíamos permitirnos, sin quebranto extraordinario para nuestra bolsa, el dispendio de una propina, al recibir ésta se negó rotundamente a aceptarla, tratando de consolarnos con las siguientes frases:

—Dejen ustedes... Sé que les ha ido mal. Otra vez, cuando vuelvan, les irá mejor. Ya me darán la gratificación entonces.

—Para que la aceptara tuvo mi esposa que decirle:

—Tenga usted, hombre. ¡Si nos sobra el dinero!

—Sólo ante tal afirmación pudimos lograr



El gran actor Enrique Borrás en *Tierra Baja*, su más grande creación, en actitud de pronunciar la célebre frase: «¡Y yo, lobos!»



que el generoso criado tomase las pesetas que le dábamos.

—El lance es verdaderamente insólito.

—Otra de las anécdotas graciosas de mi vida me ocurrió al llegar, por primera vez, a Buenos Aires. Eran las altas horas de la noche. Mi compañía, deseosa, como yo, que iba medio muerto, de proceder cuanto antes al desembarco, saltó a tierra enseguida. Yo me disponía también a hacerlo cuando de una gasolinera que aproximóse al barco donde íbamos, subió a bordo una comisión compuesta de distinguidas personalidades, entre las que figuraba el decano de los periodistas de la localidad. Después de marearme, más de lo que ya estaba, con sus inmerecidos y calurosos elogios, me rogaron que aguardase para desembarcar a que se hiciese más de día, pues me tenían preparado, además del mejor dormitorio que yo previamente encargué en la fonda, según mi costumbre, un recibimiento «digno de mí», como ellos amablemente repetían.

Agradecido y contrariando a mis fuerzas que amenazaban con abandonarme definitivamente de un momento a otro, accedí a la petición. Conforme la aurora avanzaba, el muelle iba poblándose de gente. Yo, desfallecido y hambriento de reposo, contaba y recontaba las personas con avidez.

—¿Hay ya bastantes?—preguntaba de vez en cuando.

—No. Todavía no.—me respondían.

Y la espera angustiosa se prolongaba.

Por fin, ya de día, me permitieron desembarcar. Las ovaciones y los vítores atronaron mis oídos. Sin poder dar casi un paso, pues me hallaba materialmente deshecho por la emoción y el malestar, me dirigí presuroso al automóvil, con la idea de abreviar aquel instante, que tan agradable, y desagradable al mismo tiempo, me resultaba. Tampoco esta vez pude lograr mi deseo. La misma Comisión que me retuvo en el barco me volvió a suplicar:

—Convendría, don Enrique, que fuese usted andando hasta el hotel. El pueblo quiere acompañarle y rendirle su homenaje, y esto, yendo usted en automóvil, sería difícil.

—Volví a acceder. Jamás podré olvidar aquel calvario! En el trayecto, unas muchachas, al ver mis sudores, regaláronme un abanico, que yo, en mi turbación pretendí pagar. Ya en la fonda, y a petición de un grupo que ni a tiros se apartaba del hotel, tuve que salir al balcón y agradecer ¿cómo no? verbalmente, el homenaje que se me tributaba. Pronunciados trabajosamente los tópicos de ritual, hecho fosfatina por la emoción, me retiré, creyendo que ¡ya! podría descansar tranquilo. ¡Sí, sí! Faltaba el apoteosis. ¡Y qué apoteosis! Solo, en mi cuarto, disponíame a cerrar la puerta, cuando vi que en ella un entusiasta de los que más se destacaron aplaudiendo y vitoreándome por el camino, erigiéndose en mi centinela, paseaba nerviosamente de un lado para otro.

—¿Deseaba usted algo?—le interrogué.





ENRIQUE BORRÁS

en el «Conrado» de *La Muerte Civil*. Escena final, en que raya a la altura de los más eminentes trágicos italianos

(Foto Alfonso).

—Sí, señor—me contestó—. Ver al representante del señor Borrás.

—El señor Borrás soy yo. Dígame lo que se le ofrece.

—No. Tiene que ser el representante.

—Volvió el hombre a sus paseos, y yo, molestado por su presencia que me robaba el sosiego y aumentaba mi malestar, insistí en mi oferta de resolver personalmente el asunto que allí le retenía ; Empeño vano !

—No puedo decírselo a usted. Ha de ser el representante—repetía invariablemente.

—En vista de que el tiempo pasaba y aquel individuo no hacía intención siquiera de marcharse, le abordé, resuelto a todo.

—¿ Me va usted a hacer el puñalero favor de decirme qué es lo que quiere ?

Intimidado por el tono agresivo de mi voz y lo descompuesto de mi ademán, el sujeto cantó de plano.

—Soy—dijo—el encargado de la «claque», y vengo a saber si está satisfecho de las personas que me mandó llevar al puerto para recibirle y de paso que me abone lo estipulado para pagarlas, pues me están aguardando en la calle.

—¡ Calcule usted mi decepción ! ¡ Yo que juzgué sinceros y espontáneos aquellos aplausos de la multitud ! A punto estuve de morir, calculando, por el número cuantioso de personas que tras de mí había visto, lo que me iba a costar aquella «manifestación de simpatía».

—Igual que esa suelen ser la mayor parte.



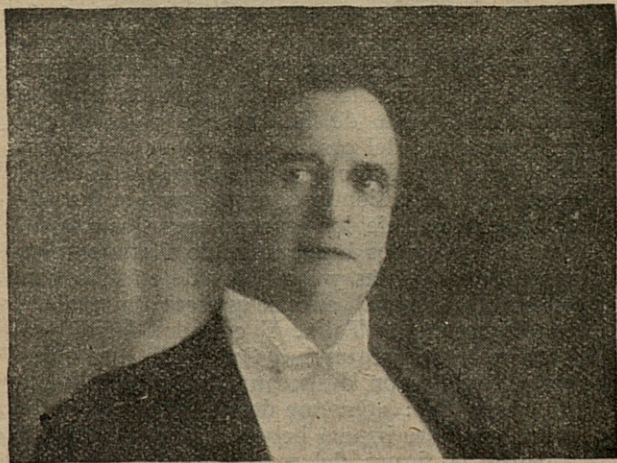
—Otro de los incidentes graciosos que recuerdo, tuvo lugar en Méjico, país donde me quieren tanto como yo a ellos; durante la representación de «El Alcalde Zalamea». Finalizaba el segundo acto. Yo, tendido en tierra, soportaba, pacientemente, las agresivas intemperancias del amigo Rebolledo, a cargo de Pepe Alonso, el cual, poniendo la punta de su espada en mi garganta, amenazábame, altivo y arrogante. De pronto observé que su arrogancia se desvanecía, a la par que su rostro, pálido de suyo, adquiría una lividez mortal. Me fijé en sus ojos que, dilatados por el miedo, permanecían clavados en la primera caja de bastidores.

—¿Qué pasará ahí?—me preguntaba yo, intrigado, porque la posición decúbito supina en que me hallaba impedíame todo intento de investigación ocular. Súbitamente despejó la incógnita la aparición inesperada de un personaje desconocido que, atravesando la escena pausadamente, con admirable gesto de reconcentrado furor, y murmurando frases no muy correctas, puso en fuga precipitada a Alfonso, o sea «Rebolledo», quien, sin aguardar a que el acto terminase, inició un mutis rapidísimo por el lateral... que conducía a su cuarto, donde se encerró.

Yo, participando del asombro general, me incorporé al instante; y, sin saber qué hacía, mezclaba con los versos de la obra exclamaciones de mi cosecha.

«Soltad, cobardes, traidores»... (Pero, ¿qué es esto? ¿Qué pasa?)... «La presa que habéis

cogido»... (¿Qué busca ese tío facha?)... «Que he de cobrarla o la vida»... (¿Y Rebolledo?... ¡Que salga!)... «He de perder»... (¡La cortina!)... «¡Hija mía!... ¡Andad!... ¡Echadla!»



ENRIQUE BORRÁS

en *El Adversario*, obra con la que se presentó en el teatro Eldorado, de Barcelona, al pasar a la escena castellana

—Y así acabó el acto. Los abonados, sin darse, como yo, cuenta exacta de lo ocurrido, entraron, apenas cayó el telón, a preguntarme si la comedia calderoniana había sido refor-



mada por mí en aquella forma, pues desconocían en absoluto semejante escena. Todo se aclaró después. El intruso, contratado de comparsa en la compañía, era un «pelao», de buen corazón que al verme, según dijo, tan «viejo» (creyó que la peluca era mi pelo natural), sin armas, y atacado de mala manera por aquel tío traidor, instintivamente, y olvidándose de donde estaba, salió indignado a defenderme, con ánimo de despachar a Rebolledo en rodajas como un surtido de fiambres.

Lo gracioso del caso es que yo, sugestionado igual que el público, por la autoridad de aquel gesto que imponiéndose, atrajo para sí las miradas curiosas de los espectadores (los cuales, menos interesados, hubieran reído al contemplar las medias a listas y las botas de elástico con que salió a escena), supuse que era un ferviente enamorado de Talía. Y cuando, decidido a protegerle, le pregunté «¿Qué es lo que quieres, di?», él, con desencantadora naturalidad, me respondió: «Que me den los diez reales de mi jornal para irme a beber «pulke».

Surge la figura del representante:

—¿Continúa el ensayo?—pregunta.

—Sí, sí, vamos—responde Borrás, despidiéndose de nosotros—. Ustedes perdonen—nos dice—, pero el arte es lo primero.

—¡Lo primero!—comentamos, haciendo mutis—. ¡Ojalá pensasen así todos los artistas!

ADOLFO SÁNCHEZ CARRÉRE

Madrid, 9 de noviembre de 1925.

## ENRIQUE BORRÁS

Según un su amigo más íntimo

Completamos la interesantísima entrevista de nuestro excelente colaborador D. Adolfo Sánchez Carrére, con algunas notas recogidas en conversación con uno de los más íntimos amigos del gran actor, gloria de la escena patria.

Nos consta que este amigo, cuyo nombre omitimos para no herir su modestia, es, sin duda, el más íntimo confidente de Borrás, a quien aprecia más que a un amigo, como a un hermano.

Al saber que íbamos a publicar la noticia biográfica del gran actor nos recibió con una amabilidad sin límites y se ofreció a contarnos algunas anécdotas del mismo.

—Si ustedes me leen la entrevista de su colaborador con don Enrique, yo podré indicarles algunos datos con el fin de completar este trabajo que preparan.

Leídas las cuartillas del amigo y compañero Sánchez Carrére, nos dijo:



—Casi no tengo nada que añadir. Está muy bien. Es un trabajo hecho a conciencia.

—Como todos los suyos. ¿...?

—¿El carácter de Enrique?... Un niño. El colmo de la amabilidad y de la educación. Hay que ver el trato que da a los componentes de su compañía. No creo que entre los artistas que le han tratado, tenga un solo enemigo. ¡Qué dulzura para corregir a un actor durante los ensayos, para imponer un modo de decir, un gesto! Y es que Borrás tiene un corazón todo bondad, un alma todo sentimiento.

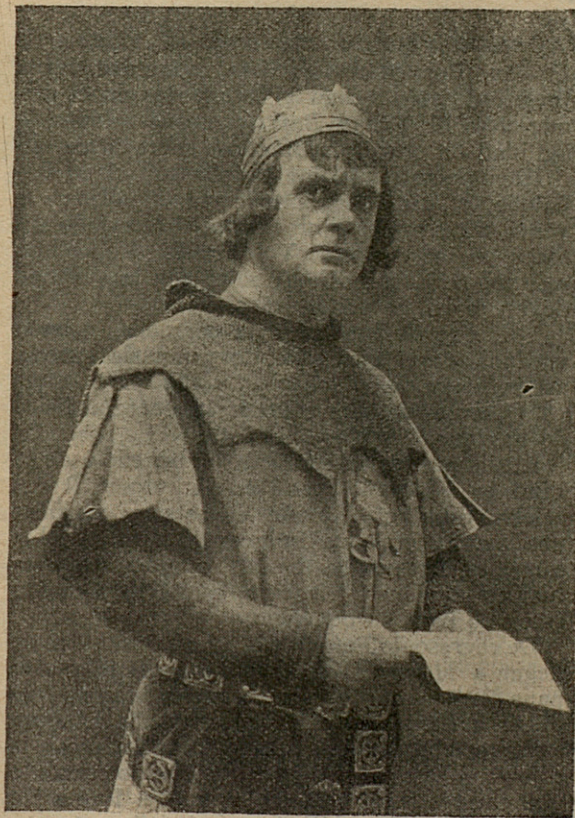
Como buen catalán, tarda en dar su amistad; pero cuando la otorga, se entrega todo entero.

Es dulce por temperamento y de un gran sentimentalismo. Posee como pocos el don de hacerse querer.

—¿Qué edad tiene Enrique Borrás?

—Claro, ustedes pueden dirigirme a mí una pregunta que no se atreverían a hacerle a él. Borrás tiene el corazón joven; mejor dicho, el espíritu. ¿Qué importa que el tiempo vaya añadiendo años y más años a la existencia, si el espíritu se conserva fresco y lozano?... ¡Qué de jóvenes viejos corren por estos mundos de Dios, con el espíritu encenagada en el vicio!

A un artista como Enrique Borrás no le pasan los años. Esa luz del genio que Dios encendió en su ser se conserva tan lozana como en sus mejores tiempos. Es decir, que sus mejores tiempos, los de su fuerza de artista, cuando el genio brilla más en él, son los actuales.



ENRIQUE BORRÁS  
en *El Camí del Sol*. Una de sus creaciones en el teatro guimeriano.—(Foto Napoleón).



Enrique Borrás, como artista, está en su eterna juventud. ¿No le han visto ustedes en el primer acto de *Tierra Baja*, con qué admirable agilidad da el salto sentándose sobre la mesa?

Hace poco tiempo me hallaba con él en Badalona, y al ir a atravesar la vía, me dijo: «A ver si saltas a pies juntos hasta el otro lado sin tocar a los rieles.» Yo probé. Imposible. «¿Ves? Así», me dijo, y saltó con la agilidad de un joven de veinte años.

Y es que Enrique no deja por nada su baño matinal y sus ejercicios de gimnasia sueca: así conserva él su lozanía.

¿Quieren ustedes conocer la energía física de Enrique Borrás.

El día en que se celebraba el beneficio de la Pino en Eldorado, salió en el automóvil del célebre dibujante Ramón Casas para verificar una excursión hasta Puigcerdá. Borrás debía estar de regreso a las diez de la noche para actuar en *La loca de la casa*, que la Pino había escogido para su beneficio.

De regreso de Puigcerdá, y bastante antes de llegar a Moncada, el auto de Casas tuvo una pana. Era ya tarde y materialmente imposible llegar a Barcelona a la hora indicada. El gran actor estaba desesperado. «Amigo Casas—le dijo—, yo tengo que llegar a Eldorado cueste lo que cueste». Eran más de las nueve. Fué a pie hasta Moncada. Allí buscó inútilmente un vehículo. El amo de una tartana que él quiso alquilar le contestó:

—Señor, no tiene usted bastante dinero para pagar un viaje hasta Barcelona.

—No se preocupe, buen hombre—le contestó Borrás—. Usted lléveme, y yo le prometo pagar lo que me pida.

Fueron inútiles sus ruegos y sus promesas; a aquella hora no quería enganchar su tartana.

—¡Así tus dineros se te vuelvan pulgas!—contestóle Borrás deseándole algo más pestilente que el término que empleamos.

Y, ni corto ni perezoso, echó carretera abajo hasta llegar a San Andrés, donde, pasadas las diez, pudo hacerse con un auto y llegar a Eldorado a las once, en el momento en que, terminada desde hacía rato, la pieza que precedía a *La loca de la casa*, todos andaban de acá para allá alocados en busca de Borrás. Casi sin caracterizarse y con traje de calle, salió el gran actor a escena. Nunca estuvo tan bien.

—¿...?

—¡Ah, sí! Enrique Borrás es un actor momentáneo. La anécdota anterior lo prueba.

La mayor parte de los actores estereotipan—por decirlo de un modo gráfico—de tal modo sus gestos, que cuando tienen que decir, pongo por ejemplo: *Mi corazón enardecido*... ustedes verán que siempre llevan la mano derecha a la parte izquierda del pecho, y siempre de la misma manera. El no. ¿No han notado ustedes a artistas de fama que parecen medir sus pasos en las tablas? Si cien veces representan una obra, otras tantas guardan la misma situación en escena. Borrás, como gran actor que es,





Sublime creación de Enrique Borrás en *El Cardenal*  
(Foto Llaguno).

siempre hace un trabajo nuevo. Con la particularidad de que, cada vez que uno le ve representar una obra, piensa: «Hoy ha estado mejor que nunca». Sí, sí, Enrique Borrás es un actor momentáneo.

Recuerdo que la noche que tenía que estrenar en el Romea *La morta*, fuimos, como de costumbre, a una chocolatería de la calle del Hospital. Llevaba en la mano su caudal—su papel, como dicen los profanos—y al marchar lo dejó olvidado. Al llegar a su camerino, no recordaba donde pudiera haber dejado el caudal, en el cual él había hecho ciertas acotaciones.

—Bueno—me dijo muy fastidiado—, tenía que estudiarme las dos escenas más importantes de la obra y ahora resulta que he perdido el caudal, donde había hecho algunas indicaciones.

—No te enfades por eso, Enrique, ya lo harás bien—le dije.

—Es que no me gusta echar un estreno si antes no me compenetro bien de mi papel y si no me identifico con el personaje que quiero representar. Cuando salgo a escena, no sólo tengo que *hablar* como mi personaje, sino que debo *pensar, mirar y andar* como él.

Sin embargo, aquella noche hizo *momentáneamente* una verdadera creación de su papel en *La morta*.

—¿Qué cosa más notable le ha acaecido a Enrique Borrás en su viaje a las Américas?

—Para él lo más notable, lo que le ha dejado



un recuerdo imperecedero, fué la muerte de «Said».

—¿Un actor de su compañía?

—¡Qué va!... «Said» era su perrito lulú.



El tan admirado Enrique Borrás en un momento de admiración a su perrito «Said».

(Foto Masana)

—¿Tanto le quería?

—No podré ponderar bastante el cariño que Enrique había puesto en su perrito «Said». Y les advierto que lo merecía. Aquel animalito, blanco como la leche y de un pelo lanoso, a

quien prodigaba unos cuidados de «toilette» extremados, era de una inteligencia increíble. «Said» acompañaba a todas partes a su amo, y cuando éste debía entrar, por ejemplo, en un salón, el animalito se quedaba acurrucado prudentemente en la puerta y esperaba sin chistar ni moverse hasta que aquél salía.

«Said» reconocía a su amo de cualquier modo que estuviese caracterizado. Salía Borrás de su camerino para actuar, siempre precedido del precioso lulú, el cual, mientras aquél representaba, se quedaba entre bastidores hasta que salía el actor, y, entonces le precedía al cuarto. La inteligencia de aquel animalito llegaba hasta el extremo de no seguir ni una sola vez a su amo más allá de los bastidores, donde se quedaba observando a su amo.

Reconocía a los amigos de Enrique y... también a sus enemigos, a quienes, lejos de hacerles fiestas, se manifestaba uraño. Por eso, un día en que el autor Pinillo (Parmeno) manifestó a Enrique Borrás deseos de leerle una obra, éste le contestó:

—Amigo mío, si no se la lee usted primero a mí «Said» no haremos nada; hágase amigo de él: esa será la mejor recomendación para que yo admita la lectura.

—Comprendemos como el gran actor quisiese tanto a su compañero inseparable.

—Murió «Said» en el último viaje de Enrique a la Argentina. ¡Lo que lloró Borrás! El mismo procedió a su sepelio, arrojándolo al fondo del mar. ¡Triste coincidencia! «Said»



tuvo el mismo fin que el personaje del mismo nombre de la obra de Guimerá *Mar i Cel*.

—¿...?

—Precisamente ya han publicado los diarios



ENRIQUE BORRÁS  
en *L'Auca del Senyor Esteve*

la noticia que él me comunicó durante su estancia en Barcelona.

El corresponsal de *El Sol* en la Habana ha tenido en Madrid una entrevista con Enrique, el cual ha manifestado que era un hecho una

nueva excursión artística a varias repúblicas de la América española. Ha sido contratado por el empresario señor Palmer, esposo de Esperanza Iris.

Borrás y su compañía embarcarán para México a últimos de junio del año próximo y permanecerán tres meses en dicho país.

En el Estadio de la capital mejicana darán una representación de *Edipo Rey*. Después, irá Borrás a la Habana y principales poblaciones de Cuba, estrenando una comedia titulada *El amor de las mujeres*, cuyo autor es un literato cubano. También dará varias representaciones en la república de Santo Domingo, dando fin a su tournée en Venezuela.

—¿Sabría usted cuántas veces habrá representado Borrás la famosa obra de Guimerá *Tierra Baja*?

—Innumerables representaciones lleva ya dadas. Recuerdo que hace cinco años celebró su milésima representación en el Teatro Cómico, de esta ciudad. Y en conmemoración de este hecho se colocó en el citado teatro una placa y se celebró un homenaje en honor del inmortal Guimerá.

—¿El tipo de «Manelic» que todos conocemos es creación de Borrás?

—Indudablemente. Cuando el Ayuntamiento de Barcelona quiso perpetuar la gran obra de Guimerá, erigiendo en uno de los lugares más bellos del Parque de Montjuich la estatua de «Manelic», dió orden al célebre escultor que modeló aquel personaje, de que fuese el «Ma-



nelic» creado por Enrique Borrás. Así en una sola imagen contemplamos hoy en aquel parque el personaje de la obra guimeriana y al gran actor.

—¿Qué personajes interpreta Enrique Borrás con más voluntad y fervor?

—Indudablemente todos los que se le confían.

—¿...?

—No, mi amigo no ha visto nunca *Tierra Baja* representada por ningún artista extranjero.

—¿...?

—Sé positivamente que no quiere volver a impresionar ninguna otra película. El arte mudo no es su arte.

—¿Sabe usted qué opina don Enrique de Fleta?

—Sí; que es un gran artista.

—¿Y de Belmonte, su amigo?

—Que es un coloso.

—Una última pregunta: ¿piensa Enrique Borrás trabajar mucho tiempo?

—Esta misma pregunta se la dirigí hace muy poco tiempo, y me contestó: «Pienso trabajar toda mi vida».

Borrás ha pasado la existencia en el teatro y la acabará en el teatro.

—¡Que sea dentro de muchos años!

ALFONSO CASTAÑO PRADO

Barcelona, 17 noviembre 1925.

Próximo número el 16 de diciembre:

# MARGARITA :: XIRGU ::

Biografía, interviu, anécdotas

y

fotografías de las principales

creaciones de esta

eximia artista



Postal firmada por MARGARITA XIRGU



Precio: **30** céntimos



¿ Es usted aficionado a las novelas  
cinematográficas ?

Adquiera el núm. 7 de

## FILMS DE AMOR

cuyo título es

### La esposa comprada

Creación de

**Alice Terry y Conway Tearle**

Postal de **Alice Terry**

**50 céntimos**

Éxito inconmensurable de la novela pasional

### EL LOBO DE PARIS

que acaba de aparecer en la Selección de  
« BIBLIOTECA FILMS »

Con el número 93

Postal **Signoret**

**50 céntimos**



## !! EXITO ASOMBROSO !!

de la original publicación

# Celebridades de Varietés

- Núm. 1. **Ramper.** (2.<sup>a</sup> edición)  
» 2. **Mercedes Serós.**  
» 3. **Elvira de Amaya.**  
» 4. **Lepe.**  
» 5. **Argentinita.**  
» 6. **Chelito.**  
» 7. **Luis Esteso.**  
» 8. **Pilar Alonso.**  
» 9. **La Goya.**  
» 10. **Casimiro Ortas.**  
» 11. **Spaventa.**  
» 12. **Pastora Imperio.**  
» 13. **Amalia de Isaura.**  
» 14. **Lolita Méndez.**

Única publicación en su género, que pone en contacto el alma del artista con la de sus admiradores, por medio de intervius verdad, la cual constituirá en breve una verdadera

### BIBLIOTECA DE ORO

por ser el archivo obligado de todos los artistas de fama del arte frívolo.

*Cubiertas a varias tintas. Literatura selecta. Reproducción de fotografías particulares e inéditas. En cada librito se obsequia a los lectores con una elegante tarjeta postal firmada y dedicada por el artista.*

Sólo cuesta **30** céntimos cada ejemplar

Pedidos a **BIBLIOTECA FILMS** -- Calabria, 96 -- Barcelona